

EL ULTIMO ENSUEÑO

I

Pedro Berthi, acababa de tirarse del lecho. Aquella mañana glacial de invierno, llena de nieblas y de tristezas le hizo mucho mal. Su alma sintió un escalofrío ante aquella bruma densa que flotaba en la atmósfera helada.

Miró el almanaque y se estremeció: ¡25 de Julio!... ¡Dios mío!.. aquel golpe acabó de trastornarlo.

¡25 de Julio!... repitió más bajo aún, como un sueño, si, justo.. ¡45 años!... y se quedó mudo, alelado, como aturdido ante aquel golpe brutal y terrible de la realidad.

Aquel doloroso mutismo duró largo rato, Pedro Berthi, caído en esa postración enorme y enervante que sucede á los golpes demasiado fuertes, permanecía aún aturdido, todo dolorido, como si le hubieran estrujado brutalmente.

Cuando alzó la frente un rayo de sol, pálido, amarillento, casi frío, atravesando la bruma le besó en los ojos.

Pedro Berthi se estremeció. Se alzó del *chaise longue*, y se acercó al espejo. La superficie bruñida del cristal, le devolvió su imagen cansada, horriblemente cansada, con su cutis pálido, dolorosamente envejecido, con sus profundas ojeras, y aquellos labios descoloridos, marchitos, plegados en una amarga mueca de dolor, sus ojos hundidos y febriles, y sus cabellos grises, horriblemente grises, que le caían sobre la frente marchita y envejecida.

Pedro Berthi se sintió desfallecer, sus ojos se enturbiaron, sus labios flácidos, aquellos pobres labios descoloridos y marchitos

balbucearon algo,—acaso palabras de protesta contra el tiempo,—sus piernas temblaron, y como un niño, con la garganta llena de sollozos, se arrojó otra vez sobre el *chaise—longue*, y lloró, lloró desconsoladamente, con ese llanto abrumador de lo irremediable, con esa amargura infantil y desconsolada de los viejos. Pedro Berthi estaba viejo. Y allí, en aquel cuarto que le recordaba su juventud y sus triunfos, lleno de retratos de sus queridas, en aquel santuario de sus aventuras y de sus locuras de juventud, Pedro, se sintió aún más viejo, más cansado, más impotente, más desconsolado.

II

Pedro Berthi entró al salón. Aquel ruido enorme y ensordecedor le aturdió. La música reía en un vals lleno de alegría y de juventud. Las mujeres pasaban, pasaban, en un desfile incesante, embriagadas, lúbricas, lascivas, enervadas por el calor y la música, temblantes y lánguidas en los brazos de los hombres, que las atraían en un abrazo brutal y potente; senos desnudos, miradas provocativas, carcajadas en que se adivinaban sollozos, ojos en los que se asomaba la muerte, labios en los que temblaban maldiciones, fuentes que ocultaban odios, venganzas, rápidos aleteos de pasión, besos furtivos, ensueños fujitivos é infantiles, y todo todo en ronda acariciadora y fantástica desfilaba ante Pedro Berthi, inmóvil, subyugado, dominado, atraído.

Y sus ojos se enturbiaban, todo aquello lo veía tras un tul, un tul leve y casi transparente que le mostrara aquello, pero muy lejos, muy lejos, como si lo separara una inmensidad. Y en medio de aquel ensueño, de aquella visión arrobadora y triste para el alma del libertino, alguien le tomó del brazo y le arrastró al jardín. El se dejó llevar sin voluntad, como una máquina, sin oponer resistencia; y fué á caer allá, en un ángulo del jardín, bajo un dosel de verdes hojas y de flores exóticas, lleno de perfumes lánguidos y enervantes. Y

cuando sintió que dos labios se pasaban sobre los suyos, que una caricia enorme y lánguida le envolvía todo el cuerpo, que toda su carne se estremecía en un espasmo doloroso y sublime, Pedro Berthi, despertó y se encontró otra vez frente á frente á la realidad, en aquella mañana glacial llena de nieblas, frente al alma-naque implacable, que le mostraba con números negros aquella fecha fatal: ¡25 de Julio!

Aquel había sido su último ensueño.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

Abril 1900.

Notas de Redacción

La REVISTA LITERARIA agradece efusivamente á la prensa en general, las palabras elogiosas que le ha dedicado é inicia el can-ge correspondiente.

Nuestro particular amigo Alimo F. Gallardo, nos ha honrado con un hermoso trabajo que por inconvenientes de última hora y estando ya en máquina la Revista, es necesario retirar. Disculpenos el amigo; que en el próximo número, ocupará sitio de honor.

Deseosos de cumplir en un todo nuestro programa ponemos desde ya, nuestras páginas á la disposición de quien quiera honrarnos con su colaboración, previniendo que dremos buena acogida á los trabajos que se nos manden, siempre que éstos no ul-